

PEQUEÑOS MIGRATORIOS

CLAUDIO GUERRERO VALENZUELA

*Nuestros padres nos reservaron un despertar olvidadizo. El pozo
fue cegado
y en el camino de la selva se levantaba una tapia; en un jardín
como otros, nada que recordara
la migración de los pequeños salvajes.*

ENRIQUE LIHN

LOS EXTERMINADORES

Al sonido de las sirenas
dejan de lado revistas y diarios
enfundan armas
y apuntan en la pizarra
con la seguridad de manos
de quien está dispuesto a disparar.
«¿Me estás hablando a mí?»

Los exterminadores parten
altivos y consagrados a sus meretrices
conservan frascos de la muerte
despuntan gafas oscuras
y rondan al viento por las calles desiertas

robustos y resueltos

en un largo y tumultuoso clamor
de gargantas descontentas.

Atentos al movimiento de las ratas
los exterminadores surcan espacios resinosos
prenden fuego a cuevas malolientes.

¿Hay algo más aquí?

Entonces resuenan los chillidos
el aullido residual de las criaturas
devastadas por el fuego.

En medio del silencio posterior al fuego
los exterminadores más viejos
recurren a las fotos de sus esposas
apuntan a lo ingrato del trabajo
y se vuelven a las ventanas de los cuarteles
a perder la mirada en el paisaje de techos de zinc.
En un rincón alguien se pone a ver *El vengador anónimo*
una vez retirados los televisores.

El jefe deja entrever con voz firme:

—Un exterminador no debe sufrir por la memoria.
Su trabajo consiste en matar todo recuerdo.

El orden de las cosas
debe estar por sobre todo.
Hay que ser firmes y actuar con celeridad.

Por la razón o la fuerza.

Un exterminador —adusto— responde:
—¿Qué hacemos con los niños?
Algunos venden flores en el Barrio Estación.
Otros se quedan en las esquinas y
se disputan la mercadería.
Muchos inocentes mueren
por culpa de estos giles, mi capitán.

Sentencia en el cuartel
—*Consolación por la palabra*,
Pietro Caselmiri, 1486—:
«Alguna vez
en otro planeta
el ser humano recogerá su esencia
aprenderá de sus mezquindades.

Las desgracias humanizan al hombre».

Faroles de calles empedradas
viento en los cascos
serenos discursos de despedida
silencios enterrados en la tierra
mínimos adioses pronunciados.

Noche de los encerrados
fantasmas sentados al pie del lecho
susurros
caída de estandartes
algunos gritos
sueños equivalentes como marejadas
a doscientos metros de profundidad
apacible abandono de miradas
apacible abandono
aparente.

Misión cumplida.

VILLA DE LAS ÁNIMAS

Estuve en Villa de las Ánimas
alrededor de cinco meses.

Me colgaron de las manos y los pies.
Sentí ratones mordiendo mi vagina.
Tengo mis pezones amoratados.

Me duele la espalda al caminar.

M.U.

Estuve en Villa de las Ánimas
dos meses.

Una noche intenté escapar.
Me tomaron entre cinco y me golpearon.
Uno de ellos puso su pistola en mi cabeza.
Tras el gatillo sentí un desmayo.

J.C.

Estuve en Villa de las Ánimas
un mes.

Mis hijos nada saben.
Tampoco mi nuevo esposo.

A veces me preguntan por qué lloro.

Les digo
porque estoy feliz
de tenerlos a mi lado.

J.D.

Estuve en Villa de las Ánimas
tres meses bien alimentado.

Mi caso fue ampliamente reportado.

Revisa los archivos de la muerte.
Ahí tienes todo lo que necesitas.

No quiero recordar nada de eso.

A.R

Estuve en Villa de las Ánimas
cinco días.

No dormí ni comí.

Me tiraron a la parrilla.
Subían el volumen a las canciones de Nino Bravo
y Julio Iglesias.

Con la venda corrida reconocí a un vecino.
Recuerdo también una rejilla de caballito de mar.

La vida no vale nada compadre.
Fueron todos unos perros.

C.C.

Estuve en Villa de las Ánimas
alrededor de tres semanas.

Había campo
mucho campo.
Y lindos árboles de tronco añejo.

Me violaron entre tres.
Fui testigo de mi muerte.

M.P.

Estuve en Villa de las Ánimas
once días y diez noches
todo incluido.

Nos golpearon y amedrentaron
en un rincón de la piscina vacía.

Escuché el sonido de las avionetas
bajo la carpa militar.

C.B

Estuve en Villa de las Ánimas
cinco semanas.

En la torre, señor
sentía a veces el sonido del candado.
Entonces mi soledad se volvía aterradora.

Era otoño.
El frescor de la hierba abría una ventana.
Tenía miedo porque me iban a buscar.

J.Q.

Estuve en Villa de las Ánimas
dos meses.
Volví al tiempo después.

Estuve en las Casas Corvi.
Lo que más recuerdo
es el olor de las rosas deshojadas.

R. M.

Estuve en Villa de las Ánimas
alrededor de tres meses.

La conocí en el Patio de los Abedules.
Aún recuerdo su bello rostro.

Tenía ojitos de almendra.
La voz muy suave.

Nos contamos nuestras historias.
Lloramos.
Estuvimos abrazados.

No la volví a ver.

J.H.

Estuve en Villa de las Ánimas
como tres semanas.

Todo ha sucedido ya.
Nada nuevo puede suceder.

Veo fantasmas en la ciudad.
Está todo vendido
también nuestros sueños.

H.M.

«Esta puerta permanecerá cerrada por siempre».

CASA ABANDONADA

Los últimos habitantes de la casa abandonada
buscan componer las palabras
mirando para atrás al sol quemado
se pasean por piezas semivacías
con un silencio de fantasmas que se apodera de sus
miradas.

La casa
-señalan alegres visitantes-
se ve triste y oscura
el jardín devastado.

Algunos reparan en que antes hubo antepasados
niños que soplaban las velas de sus tortas
amigos que se juntaban a matar las horas.

Los últimos habitantes de la casa abandonada
respiran aletargados
el polvo de los muebles estilo Luis XIV.

Las ratas circundan la casa abandonada
se esconden en piezas
detrás de utensilios en desuso.

Los habitantes de la casa abandonada
declaran en cuarentena un sector.

Vidrios caen
junto al mármol.

El tiempo es un árbol
que relumbra en medio de la noche.

Restos de niños
permanecen enterrados próximos al estanque

Nadie los vio en la noche
manipular los cuerpos
simular la muerte

En la casa tomada respiran
blasones y estandartes
del Primer Comité del Barrio Central
los ortopedistas del orden social.

Si decimos que en la casa tomada duermen
cuidadosamente
las cartas y pergaminos
fotos con reyes europeos
y carísimos libros de genealogía
es porque en la casa abandonada duermen
los secretos papeles que ocultan los violentos crímenes
fundantes.

Los niños que comienzan a apagar sus velas
conocerán la historia de la casa abandonada

el día en que las autoridades den la orden de intervenir
e investigar en torno a las numerosas irregularidades
cometidas
al amparo del apellido.

Publíquese y archívese

Cuando los días son lánguidos
como el mudo despertar de un niño
los habitantes de la casa abandonada
rastrean los juguetes envueltos en mortajas
el hábito de las sombras
el extremo consumo de silencio y alcohol
el robo sustancioso de estrellas.

También –en forma permanente–
resuena el humo amarillo del tabaco de mala calidad.

A veces
solo el viento
abre los párpados de los fantasmas.

Los abuelos crían
los padres consultan
los cambios de conducta
niños
las posibles enfermedades
ilustradas
que da susto verlas.

según la antigua usanza
libros del Dr. Spock
en el desarrollo de los

Los niños
se habitúan a los rincones
de sus queridas colecciones
con juegos que nadie les inventa
solo ellos
sin saber en absoluto
quiénes son.

Los niños
arrancan de la casa
asfixiados por el aire
de los escudos
cuadros de los antepasados
y todo árbol genealógico.

¿Descubrir por sí mismos los significados?

No importa la parsimonia aconsejada de los mayores.
La vida es un continuo vaivén
de estación en estación
un inusitado viaje por las manchas amarillas de las
paredes.

Las verdades no se encuentran en la piedra
ni en las avenidas de los textos
sino en el frío vapor de la madrugada.

Ahora no se reconocen en el espejo.
Comen vidrio.

Padre-madre arregla el frondoso jardín
en cuanto los niños
escarban en la casa como en los párpados de un muerto
-un rubor enciende el rostro-
hasta que se escucha la proximidad de las voces
entonces
lo visto
debe permanecer secreto.

A veces
solo el silencio
es capaz de prender la mirada.

Los niños hacen fuego.
Las letras de los diarios de vida chillan y callan.
Algunas hojas se reniegan y vuelan a ninguna parte.
Es de madrugada y todos duermen
como la quejosa escalera de madera.

El tiempo limpia y degrada los rostros
las paredes
convierte las mañanas y las noches
en idas y venidas por espejos de silencio.

Las cenizas limpian y purifican
todo oscuro recuerdo
las manchas del tiempo en los ojos.

Pero en todo esto siempre hay una falla:
cuando alguien cae
queda el recuerdo de la herida
esa fisura grande que separa los días en el calendario.

El día que desaparecen
abuelos -padre - madre
tras el Gran Incendio
hay orden de no innovar
y los últimos habitantes de la casa abandonada
mantienen sombríos y aletargados
entre papeles y grietas
piezas decoradas tal como hace 50 años.

Dicen que el barrio se ha echado a perder.
Forma parte del paisaje cotidiano también
el paseo sigiloso de esporádicos hombres
cuyos triciclos rechinan en las noches
como columpios de plazas de cristal.

EL HILO DE LAS HORAS

Un largo viaje de la elocuencia a la mudez
del canto de pájaros nocturnos
al peso de una mañana en blanco.

Un largo caminar por veredas angostas
a la hora en que las ciudades se llenan de humo
tratando de no pisar las líneas de separación
porque tu compañero de niebla
te dice que trae mala suerte.

Un largo tránsito de gotas
que caen
y caen
sobre el techo de zinc
rebotan y caen
sobre la tierra
caen
donde alguna vez
escondiste tesoros preciados
caen
en el entierro de la carta
que nunca entregaste a tus padres.

Una larga mirada que recorre
de cordillera a cordillera
los juguetes imaginarios
el apagón

el ruido de cacerolas
las fotografías de una memoria arqueológica.

Esa mirada ciega y distante
como un reloj sin cuerda
como esa palabra de afecto
que se guarda y se esconde.

Un largo silencio en las paredes
y esa luz que se enciende
para anunciar la visita
de los padres muertos.

Solo
con esa soledad que espanta
aquel silencio de salones vacíos
de flechas venenosas.

Solo
como un árbol talado
hueco
donde se esconden los niños
actores atolondrados de infinitas máscaras.

Solo
mudo
en el más absoluto de los horizontes
como bestia herida
en un paisaje incierto.

Las nubes tapan el cerro.
Se oscurece la luz que entra por la ventana.

Una mirada rápida cae sobre los papeles del escritorio.

No vaya a ser cosa que la lluvia
también moje la memoria.

Llena de odio como los grandes edificios.

Alguna vez lo confesaste
creías
que las luciérnagas brillarían eternamente en el estanque
la música sonaba en tu cuarto.

La verdad
sonaba a lo lejos el llamado de los peces de colores
el canto añejo de los columpios.

Un rumor por entonces
recorría las estaciones
se trataba del caminar trepidante de las hormigas
negras como piedras
sobre el ojo entornado.

Ten cuidado
-te dijeron-
todo lo que esa mujer toca
se vuelve higuera
pantano.

Alguna vez íbamos a estar así
tan cercanas las manos.
Alguna vez nos dijimos que podría ser así.

La noche sería un dulce recorrido de escaleras
los pies descalzos
el cielo tibio.

Alguna vez quisimos que fuera así
tendríamos toda una vida por delante
nos dijimos que seríamos felices
éramos jóvenes
tendríamos toda una vida por delante.

Las estaciones nos esperan con ardor.
Eso dijimos.
Éramos tan jóvenes.

Una tarde de sombras en la casa
la mesa servida y las cortinas cerradas
los padres dijeron: «Es cierto que la gente se muere».

Entonces supe
aún sin cumplir la edad del ya no volverás
de la falsa máscara del cielo.

Algunas noches
no pude contener el agua en las sábanas.

La serena mirada
cayó de canto.

Mami
yo soy la niña
que te acaricia
a través del espejo.

Yo soy la que apenas balbucea una palabra
que no entiendes.

Yo soy la que gasta su boca
para hacerte hablar
niña muda
llorando junto a la ventana
con tu mano en el vientre.

Papi,
llévame al lago.
Yo sé que ahí los nadadores
relucen como jabalinas de oro.

Me lo dijeron las tías.
Ellas saben más de ti.

Quiero que tu espalda brille como escudo
para protegerme del agua
y que me hables de cuando jugabas
con el bote de papel
antes que el terremoto
te dejara sin juguetes.

Despierta asustado al alba
por un carruaje que atraviesa su guarida
-ese jardín ahogado y trémulo bajo la lluvia-
y respira el alma de sus padres muertos
que traen al niño que reclama
la leche de la loba.

En instantes
siente miedo de los pechos mutilados de su madre
que sangran sobre una bandeja
su boca zurcida
y seca.

A continuación
se espanta del silencio prolongado de la noche
-ningún bebé llora-

Finalmente
ve a su madre que llora en un rincón
su ceniciento fuego interior
siente que el frío del amanecer consume
con intensidad
la incierta locura que modera sus acciones.

Entonces sucede hermano
de pronto entras a la iglesia
y ves a todas esas jóvenes rezando
cabizbajas
sentadas en el suelo
te enamoras
y deseas
los blancos pies asomados bajo las túnicas
los dedos de los pies apenas empolvados por la tierra.

Es eso
lo que pasa hermano
es que quisieras acariciar esos sagrados pies
desenfundar la capucha que cubre el rostro
encontrarse con una mirada de lluvia
y descubrir que bajo las telas celestes
se enciende
un cuerpo enclaustrado.

Te trataron de inculcar:
Prefiere claridad de hojas
al cinturón de las estrellas
olor a tierra húmeda
al hilado libro de los días.

Te sugirieron:
Templos de artificio
contra la seguridad de los objetos.

Yo quisiera
cuando el viento húmedo te toca
y renace en ti la lluvia fina
que cae como luciérnagas en la ropa
la hora en que los baúles se abren y cierran
y muestran el más oscuro rincón de su confín
un cuaderno de ajada tibieza
las cartas las fotos de mustia piel.

Te veo
tan pequeño como un grano de arroz.
No sabes que nos sonríes.

En este cuarto nada verdaderamente te pertenece
pero es un traje hecho a tu medida.

Una pala promete ser tu compañera de juego
en esta tierra ahuyentada de gusanos.

ÍNDICE

LOS EXTERMINADORES	7
VILLA DE LAS ÁNIMAS	17
CASA ABANDONADA	31
EL HILO DE LAS HORAS	45

EDICIONES

DE ESTA PRIMERA
EDICIÓN SE REALIZARON
200 EJEMPLARES, IMPRESOS EN
DICIEMBRE DEL AÑO 2014. PARA LLEVAR A
CABO LA COMPOSICIÓN DE TÍTULOS E INTERIORES SE
UTILIZÓ LA TIPOGRAFÍA ADOBE GARAMOND PRO.
ASIMISMO SE OCUPÓ PAPEL BOND AHUESADO
DE 80 G PARA LOS INTERIORES Y CARTÓN
DUPLEX DE 200 G PARA LA PORTADA.
Inscripción N° 247.831

INUBICALISTAS

ISBN
978-956-9301-07-0